

Actualidad

R♦B♦C
Rívera • Bolívar • Castañedas
ATTORNEYS AT LAW



Por: Ernesto Endara

A la memoria de mi amigo José Ardila, maestro ecónomo y sexólogo a ratos perdidos

“En ningún país del mundo y en ninguna época existe un solo sociólogo ni un solo economista que sea capaz de tomar al pie de la letra el programa de ningún partido político”

Raymond Aron

Plusvalía. ¡Vaya con la palabrita!
Plusvalía. Aumento de valor. Nada puede ser más sencillo ni más complicado.

¿Quién decide el valor de las cosas? El consumidor de las cosas, ¿quién más podría ser? Esta es una más de las irónicas mentiras que se han tejido alrededor de la plusvalía.

Cuando estamos ya en la garganta del Siglo Veintiuno, las Empresas del mundo (léase los Gobiernos) se dan golpes en el pecho por su descuido de siglos y deciden por unanimidad que es hora de cuidar el entorno y de acabar con la pobreza y, por supuesto, siguen obviando el control de natalidad.

La pobre Ecología llora deforestación. Está en quiebra lo verde del mundo y pronto habrá un déficit del azul marino debido al envilecimiento que lo sometemos. Estamos en peligro de perder el celeste con que nos ven desde el espacio exterior. Sin embargo hay un excedente en la producción de seres humanos. ¡Resulta dramático relacionar el agotamiento y la escasez de aquellos colores con la insensata abundancia del llamado género humano!

Si el ser humano es el rey de la Creación, el mundo debe estar en plusvalía porque ya lo habitan unos ocho mil millones de reyes.

¡Anjá! Entonces, ¿quién desató la necia demanda humana? ¿Quién o qué se encargará de consumir



tantos hombres? No digas que Dios, él no se mete en nuestras vainas.

La respuesta es triste. No quiero pensar en la peste, en la guerra, y mucho menos en el canibalismo. Plusvalía es una palabra extraña que ha llevado a los hombres a cometer un montón de errores. Hasta en sus aciertos, la palabra plusvalía no deja de tener un fondo incoloro y difícil de definir.

Por ejemplo, en España y en Francia, el aumento de valor (o plusvalía) de una empresa o negocio por razones inmateriales como la fama de la marca, el prestigio de la buena organización, o porque nunca se ha detectado un acto de corrupción, violencia o de mala fe entre sus empleados, se pagará contra una cuenta que bautizan Fondo de Comercio. ¿Por qué la vuelta de la tuerca? No podemos negar una fina ironía en los norteamericanos que llaman a esta plusvalía nada menos que Goodwill. Buena voluntad, cosa que es generalmente avis rara en las transacciones comerciales.

El significado del término plusvalía desde el punto de vista marxista, a pesar del materialismo de su defensor, es más filosófico que pragmático. Nos habla Engels de lo que Marx consideraba era la producción al estilo capitalista en el que sólo existen dos clases sociales: **los capitalistas** propiamente dichos, o sea los dueños del capital, y **los proletarios** que sólo tienen una cosa que vender: su fuerza de trabajo. Esa energía, o fuerza de trabajo es lo que tiene que vender el obrero para lograr sus medios de sustento.

Según Marx, un hombre en las primeras seis horas de trabajo, ganará lo que necesita para sobrevivir un día, y si el capitalista le paga sus seis horas de trabajo, habrá reembolsado seis horas de trabajo por seis horas de trabajo, pero de este modo no queda nada para el capitalista, por tal razón, éste piensa que el obrero debe trabajar 8, 10 o 12 horas, de manera que de la séptima hora en adelante se pueda embolsar el producto de ese trabajo.

Es cuando Marx * a quien cito en sus conclusiones:

“El obrero al servicio del capitalista no se limita a reponer el valor de su fuerza de trabajo, que se le paga, sino que, además crea una plusvalía que, por el momento, se apropia el capitalista y que luego se reparte con arreglo a determinadas leyes económicas entre toda la clase capitalista.

Esta plusvalía forma el fondo básico del que emanan la renta del suelo, la ganancia, la acumulación del capital; en una palabra, todas las riquezas consumidas o acumuladas por las clases que no trabajan.

De este modo se comprobó que el enriquecimiento de los actuales capitalistas consiste en la apropiación del trabajo ajeno no retribuido, ni más ni menos que el de los esclavistas o el de los señores feudales, que explotaban el trabajo de los siervos, y que todas estas formas de explotación sólo se diferencian por el distinto modo de apropiarse el trabajo no pagado. Y con esto, caían también por su base todas esas retóricas hipócritas de las clases poseedoras de que bajo el orden social vigente reinan el derecho y deberes y la armonía general de intereses. Y la sociedad burguesa actual se desenmascaraba, no menos que las que la antecedieron, como un establecimiento grandioso montado para la explotación de la inmensa mayoría del pueblo por una minoría insignificante y cada vez más reducida.”

* CARLOS MARX, semblanza biográfica escrita por su amigo y colaborador Federico Engels, publicada en 1877, seis años antes de la muerte de Marx.

Es un hecho que hace cien años las condiciones de los obreros lindaban francamente con la esclavitud, y no había ninguna ley que protegiera a las mujeres, a los niños, ni a los hombres de la explo-

tación inmisericorde. Sin embargo, ni Marx ni Engels tomaron en cuenta ciertos atenuantes al comportamiento capitalista. Por ejemplo, ¿de dónde salía el capital semilla y quién lo arriesgaba para estudiar, diseñar y construir una fábrica? Por otro lado, si las condiciones en las fábricas de la ciudad eran tan inhumanas, tienen que haber sido peores las condiciones en el campo para que se iniciara tal flujo humano hacia las grandes urbes. También me parece injusto el acusar de no trabajar al capitalista. Sabemos que en todos los tiempos, el hombre que invierte es el que más cuida su inversión, el que más trabaja (pienso en Edison y en odioso Henry Ford), aguijoneado o no por la codicia. En caso contrario, no le aguardaría otro futuro que la quiebra. Sin la menor intención de ser abogado del diablo ni de Dios, trato de exponer la verdad hasta donde alcanzo a ver, o por lo menos a sospechar.

Y ahora que escribo todo esto, me parece que vuelvo a escuchar la risa burlona de un profesor universitario que cuando le hablé de este tema me contestó que la palabra plusvalía sólo debe ser pronunciada por los connoiseur, so pena de meter una de las extremidades inferiores en un banco de arena movediza.

A pesar de todo, me parece que es saludable, incluso para los con-naisseur, que un lego diga lo que tiene que decir acerca de la plusvalía porque es casi imposible pasar por la vida sin que el significado de esa palabra haya raspado nuestra sensible piel. Aparte de que es hora de que a los que no sabemos también se nos escuche. Cualquier error también será suyo (de los connoiseur) que no han sabido explicar al detalle la bendita palabra.

Hemos visto que la experiencia comunista en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas demostró que la plusvalía creada por los trabajadores en las fábricas estatales tampoco les era reembolsada

y es notable que El Estado (El Capitalista con otro nombre) derrochó sumas fabulosas (y esto sucedió en ambas sociedades, la capitalista y la comunista) en la fabricación y el sofisticamiento de armas de guerra, en propaganda y en ayuda a sus satélites con los que esperaban imponer su sistema económico. El Estado Soviético no fue más generoso que cualquier capitalista con sus trabajadores; con la desventaja de que imponía una rígida prohibición de los sindicatos, un severo control de los disidentes y una férrea obligación para con el Estado.

En la acera de enfrente, o sea en el mundo capitalista, representado fielmente (y a veces ferozmente) por los E.U., un buen porcentaje de la plusvalía creada por la fuerza de trabajo de los obreros escapa de las cuentas bancarias de los capitalistas convertida en altos impuestos que colecta el gobierno. El destino final de esos cuantiosos fondos los podríamos calificar de dispendio ya que, tal como apuntamos, gran parte se gastaba en la estúpida carrera armamentista.

Por supuesto, los dirigentes políticos de los dos colosos del mundo abanicaban en sus ciudadanos el terror de una guerra atómica que los tomara no sólo desprevenidos sino en condiciones inferiores de poder destructivo. Con razón entre los dos tienen la capacidad de destruir diecinueve veces el mundo entero, y de ñapa dos lunas.

En la actualidad, es de notar que un buen porcentaje de la plusvalía es devorado tanto por la lumpenburguesía (los parásitos que chupan libremente algunas ubres de la burguesía financiera y de la burguesía burocrática a cambio de cierta manipulación de intereses, viejas amistades y negocios sucios), como por el lumpenproletariado (elementos desclasados, el concolón quemado de las ciudades: rateros, estafadores, mendigos,

horoscopistas, vendedores de drogas, prostitutas, travestis y jugadores, además de un podrido y largo etc.)

Con todo, las manchas del comunismo soviético no pueden ser tan densas y oscuras como para ocultar la enorme diferencia entre lo que gana un inversionista con sólo extender un cheque para comprar acciones en el mundo bursátil capitalista y lo que tiene que sudar un trabajador en cualquier fábrica para cobrar su cheque semanal. Es, precisamente, esta diferencia la que nos obliga a una revisión del reparto de lo que Marx llamó plusvalía y que, como ya señalamos, consiste en la diferencia entre el valor total de las mercancías producidas y el costo de la fuerza de trabajo. Aceptemos que de esta diferencia debe salir el arrendamiento o amortización por la compra de tierras; por la construcción, compra y montaje de maquinarias, y su respectiva desvalorización; además de la ganancia justa a que tiene derecho el capitalista. Mas la tajada del león (la plusvalía que se embolsa el capitalista... o el estado) es siempre enorme y nada justa con la fuerza de trabajo.

Como sucede siempre, la filosofía brinda una solución de lo más sencilla al problema de la repartición de la plusvalía: bastaría con aceptar como práctica la máxima con que los Siete Sabios de Grecia adornaron la entrada al templo de Minerva: «Nada en exceso». Es precisamente eso, el exceso de ganancia lo que debe evitar el capitalista para no provocar una protesta masiva de sus trabajadores que puede resultar en una puñalada que hiere a todos: la huelga.

No puedo dejar de pensar en lo injusta que es la vida con algunos. Miguel Bakunin y el príncipe Pedro Kropotkin proclamaron la desventaja de los que nacen para engrosar la masa trabajadora, y estoy de acuerdo totalmente con ellos porque no hay razón para que se impongan salarios bajos a los trabajadores especializados de cualquier oficio,

de manera tal que les resulte imposible utilizar o gozar de lo mismo que crean o producen. Es injusto que un obrero de la construcción jamás pueda vivir en uno de los lujosos apartamentos que con su trabajo levanta y que una costurera de una fábrica de ropa fina no pueda lucir uno de los vestidos que ella hace con sus manos y su habilidad.

¿Quiénes sí pueden? Cualquier personaje anodino con el suficiente capital para invertir en un edificio que cuesta dos millones y al cual le sacará una plusvalía de tres millones; ese individuo, hermano de aquel cuya única habilidad consiste en ser lo suficientemente listo para comprar un objeto en cuatro pesos y venderlo en quince, ni más ni menos que un simple tendero o mercader. Ellos son los que habitarán los lujosos apartamentos y vestirán a sus mujeres con las últimas y costosas creaciones de haute couture.

Con la tendencia actual de los gobiernos de vender las grandes empresas nacionalizadas con anterioridad —empresas que no supieron administrar—, si bien ceden poder (porque manejarán menos puestos burocráticos), en algunos casos la operación resulta sospechosa de una nueva forma de corrupción, cuando ceden a muy bajo precio sus bienes a personas que de alguna forma harán partícipe de las ganancias a los altos personeros una vez dejen de ser gobierno.

(¡Caray! hecha la ley, nace la trampa.) Eliminando el control de precios, se endosa un cheque en blanco a los inversionistas al no permitir, al menos aparentemente, la incumbencia oficial en los negocios particulares. Una especie de laissez faire que no es otra cosa que un permiso para hacer negocio (leáse robo descarado) con la plusvalía. Si bien los individuos que componen un gobierno son tan “racionales” y egoístas como los capitalistas,

info



R♦B♦C

Rivera • Bolívar • Castañedas

ATTORNEYS AT LAW

los obreros y el resto de la raza humana, han buscado y conseguido el puesto público con la vista puesta en los incentivos que se le puedan ofrecer (¿quién sería capaz de negar esto?), no es menos cierto que cualquier persona (yo, tú, él, nosotros, vosotros y ellos) es igualmente egoísta y suele actuar desde un punto de vista personal (léase productivo para sí), por lo que se hace absolutamente necesaria una reglamentación gubernamental de manera que no se disparen los precios, y que esa fuerza creativa que da la libertad de inversión no se convierta en miserable especulación.

El ojo del gobierno, al alimón con su acción impositiva, humanizaría más la vida en el planeta. Tal vez así dejaría de ser sólo una frase hermosa aquella de J.F. Kennedy: «No preguntes qué puede hacer el país por ti, pregunta qué puedes hacer por tu país». Aunque sea necesario un empujoncito.

Sin discusión, la plusvalía está en razón directa con la demanda. Nos estremece el ejemplo que un economista de principios de siglo usó para demostrar el valor cambiante del producto según sea su demanda y su producción. Decía el mentado economista que si usted está en medio de un desierto muriendo de sed, y se encuentra con un hombre montado en un camello que carga cien cantimploras llenas de agua, usted sería capaz de ofrecer todo el oro que traiga en su morrón por una sola de aquellas cantimploras. Si el sediento no tiene nada que ofrecer a la fuente ambulante, no le quedará otro remedio que perecer.

A menos...

Siempre queda la esperanza de que el hombre del camello sea un buen samaritano que jamás haya oído hablar de la plusvalía. O que el sediento tenga escondida una Kalanishkova 47.

¿Quieres estar actualizado en cuanto a información legal?



rbcweb@rbc.com.pa

397-3000 / rbc.com.pa